## ALPARAISO MI AMOR

Al leer "Memorial de Valparaíso", de Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt, se huele el puerto. Homenaje a los cuatrocientos cincuenta años de su fundación, editado por Ediciones Universitarias de Valparaíso, de la Universidad Católica, es una fiesta para los ojos y la mente,

para el oído y la memoria.

"Cada uno se imagina Valparaíso a su manera", decía Joaquín Edwards. Aquí, en este libro enorme, lleno de iconografías lejanas en el tiempo y de grabados hermosos, de fotografías y de ilustraciones, vemos el Valparaíso total, o lo más próximo a ese "puerto de nostalgia".

Es que Calderón sabe lo que hace. Siendo porteño, empapado en la vitalidad de la vieja ciudad, también anda en tareas de rescate, y su obra suma la obra de muchos en este volumen

nolvidable.

Los ingleses del puerto nos dieron el Cerro Alegre. En 1934 escribía J. Edwards Bello, en La Nación, que "nada llamaba tanto la atención del indígena como las piernas largas de los ingleses, al punto de que, en Valparaíso, les llamaban 'zancudos'". Este Memorial nos permite, en lucida síntesis, recordar a María Graham y su "Diario de mi residencia en Chile". Con los dibujos de la dulce gringa, que tenía mala salud, pero una resistencia de caballo de coche, si hemos de tomar en serio sus recorridos por los cerros, con la criada al anca. ¿Qué pensarían los señores de la época de esta gringa tan olímpica como independiente, que llegó en la "Doria" con el cadáver de su esposo adentro de un barril de ron?

Un dibujo de Frezier del siglo XVIII muestra la bahía de Valparaíso y una balsa de cuero de lobo que usaban los primitivos habitantes-

pescadores de esa pequeña aldea.

Alfonso Calderón, porteño empedernido y trabajador concienzado, se lanzó a las bibliotecas, a El Mercurio, a hurgar en viejos fondos y a recovequear por el puerto que es la memoria: logró sacar a luz "La Golden Hind y la Elizabeth Cruzando el Estrecho", de Thomas Somerscales. Una "Vista de la Bahía de Valparaíso" atribuida a Charles Wood. El famoso dibujo de "La catástrofe del tranque de Mena" publicado en El Mercurio cuando se cumplieron 48 años de la tragedia, que hiciera Huelén. Aparece el "birlocho", de perfil, que los ingleses llamaban "landau", muy usado en la mitad del siglo XIX. Y la calle Esmeralda. "Los altos del puerto", de Rugendas, que seguro que lo hizo rugiendo de amor por su Carmencita, que languidecía en Talca...

Aprendemos que la diligencia es superior al

birlocho. Que los viajes entre Santiago y Valparaíso fueron hechos de heroísmo; de extrema resistencia. Que la Cuesta de la Dormida se llamó así porque, precisamente, marcaba el lugar donde se pasaba la noche. Que para llegar a

Santiago, se caía por Til-Til.

Daniel de la Vega rememora y revive la historia de un piano, a través del siguiente aviso aparecido en Valparaíso en diciembre de 1834: "En este mes se rifa en Santiago un excelente piano de seis octavas y media y seis pedales de tres cuerdas, con triángulo, en cien acciones de cuatro pesos cada una. Este piano ha costado, en su primera compra, mil doscientos pesos, y es el mismo en que tocó el niño Federico Planel, en el teatro el 2 del presente, día de su beneficio. Los boletos se venden en la calle de la Catedral, botica del señor González. Si alguna persona se interesa en comprar dicho piano, puede obtenerlo por un precio muy equitativo". ¡Esos sí que eran avisos buenos, tentadores, despertadores del hambre de la compra! Compararlos con los "económicos" es casi un atentado al consumismo.

Darwin, en este memorión que es el Memorial, sostiene que "quien no haya visto los alrededores de Valparaíso no podrá creer que puedan darse lugares tan pintorescos en Chile." Y "el que dio a Valparaíso su nombre (Valle del Paraíso) debió estar pensando en Quillota en esos

momentos"...

n óleo de Enrique Swinburn nos regala el antiguo muelle Prat y don Recaredo Santos Tornero relata lo que era Valparaíso en "los primeros años del segundo tercio del presente siglo", refiriéndose al XIX, por supuesto. Aprendo que la calle Serrano se llamaba "de la Planchada". Que la plaza de la Victoria se

por Marta Blanco

Alfonso Calderón nos regala un librohomenaje que es, por citar libremente a Salvador Reyes, "un cofre de piratas".
El Puerto desde su nacimiento.
Su gente, sus costumbres, sus aventuras, sus rincones,

nombraba "de Orrego". Que gran parte de los edificios eran techados con totora y en ellos se albergaban algunas chinganas. La Planchada era la única calle empedrada. Un Valparaíso, ése de principios del siglo pasado, en que era corriente ver las carretas enterradas hasta los ejes, y a duras penas podían sacarlas dos yuntas de bueyes, pues en las calles formábase gran lodazal. Que el polvo era sofocante, especialmente en los días de viento sur. La plaza de Orrego era una continuación de la playa. Ahí tenían lugar las ejecuciones capitales. Allí pagaron su "deuda a la sociedad" los autores de la sublevación de Quillota y asesinos del ministro Portales.

Roberto Hernández cuenta de la primera imprenta: "Cuando en 1825 vino a establecerse en Valparaíso el padre del escritor más fecundo de la América Latina, trajo consigo una imprenta pequeña, que desempeñaría, por acá, más tarde, un rol importantísimo. Don Pedro Félix Vicuña, ilustre político del bando pipiolo, es el introductor de la imprenta en

Valparaíso"

Se me quedan los nombres de algunas hojas, de algunos diarios: "El Telégrafo Mercantil y Político", aparecido el 3 de octubre de 1826, simple cuartilla de papel, del que salieron 89 números. "El Verdadero Liberal", 79 números, aparece el 4 de enero de 1827. "El Observador de Valparaíso" (¡cuatro números... este sí que es número...). Y, finalmente, llega a Valparaíso don Thomas Wells, con una imprenta por to-do equipaje. Mr. Wells y don Pedro Félix Vicuña forman una sociedad, refunden las dos imprentas en una sola y alquilan una pieza redonda a la subida de la Matriz. De esta sociedad y de esta pieza circular nació El Mercurio de Valparaíso. Hizo su aparición el 12 de septiembre de 1827, y era bisemanal.

Una hermosa fotografía de las hermanas Puelma Nuggent y una formidable de doña Juana

Ross, la gran benefactora.

La nostalgia agridulce de don Joaquín Edwards Bello me trae a la memoria un Valparaíso de terremotos y "sirvientas", de tragedias y "animamotos", un Valparaíso donde hierven los cerros de maleantes, donde el olor a vino y el facón reinan, donde la miseria es misteriosa y el misterio, miserable.

Cuando Alejo Carpentier visita Valparaíso, Allan Browne lo dibuja... un poco después. Aun así, la descripción del talentoso cubano alienta en nosotros, los porteños desalojados por la vida, la nostalgia de la vida vivida en vertical, así como la maravillosa sensación de pertenecer -aún a la distancia- a "ese anfiteatro natural".

los burros! Subiendo. Bajando. Asezando. Empacados. Los burros cargados de leña. De agua. De pescados. Cargados de un cuantuay, de frutas y







Lo que dijeron muchos sobre la ciudad de las palmeras, de los ingleses, de tanto cerro. Una iconografía memorable. El viento sur; los ascensores verticales: los burros trepadores...

verduras. De mujeres. De niños. Burros mansos. Rabiosos. Plácidos. Burros. Simplemente, asnos. Los más alegres, dicen, los que cargaban alfalfa, grande y liviana joroba artificial. Salvador Reyes, hoy injustamente olvidado o hibernizado por los escritores y lectores, amigo de Mac Orlan y de la literatura, de la novela y de la aventura, nos regala la imagen del Bote Salvavidas. Habla de las olas como de "tiburones elásticos"; del lugar allí, en el muelle Prat, donde se juntaban los voluntarios que se jugaban la vida en medio de los peores temporales por salvar otras vidas, barcos, cargamentos, por el honor. Allí, en el muelle, en una sobria caseta de madera, la mejor comida marinera: chupes, caldillos, congrios gruesos y frescos, fritos y hervidos. Jaibas. Machas. Almejas. Erizos. Con su camarón, naturalmente. Las popas negras de los navíos; los nombres de los barcos escritos en letras doradas, pasajeros embarcándose, y los que miran desde el bote, encima de esa grandiosa visión de humanidad pintoresca. comiendo a dos carrillos. A veces el temporal arreciando. Los hombres, voluntarios, en el bote, capa y sombreros de hule, valor a toda prueba, honor a toda prueba. El bote arremete contra los "tiburones elásticos", el bote no pier-de su lucha; es el héroe de la vigilia, del Puerto. Allí están, entre babor y estribor, entre popa y proa, los héroes de Conrad y Melville, de Coloane. Los héroes de Salvador Reyes, que describió el Puerto de Nostalgia en Mónica Sanders, allá por 1951...



1. Joaquín Edwards Bello.

2. Antiguo muelle Prat.

3. Dibujo de Milton Prior.

4. Letrero de comerciantes.

Y el gasómetro. Ningún niño que pasara por allí dejó de pensar, al saber que era un gran balón de gas, que iba a estallar, llevándonos por el aire, acaso igual que a la heroína del Mago de Oz. Pero verlo hincharse, crecer, disminuir su tamaño misteriosa y regularmente, entender que poseía un nombre peligroso, "Gasómetro", autorizaba todos los delirios, toda la poesía.

Sara Vial dice: "Hay que subir a veces los cerros. Es la única manera de no olvidarse de Valpa-

raíso...'

Inolvidable Sara Vial que me regaló su "Neruda en Valparaíso". A los doce años, sentí la peor de las envidias. Sara Vial publicó un poema en La Unión sobre Arturo Prat. Todavía no supero el impacto. Habría querido escribirlo. Aún no lo logro.

Y la casa de los Antonchic. De los Baburizza. El Paseo Yugoslavo. El Año Nuevo en Valpa-

raíso. ¡Cerro Alegre!

Alfonso Calderón no nos permite olvidar el Puerto. Su vida, entregada a la pasión de rememorar, de no olvidar y de vivir la ciudad de sus antepasados, nos permite hoy, en este Memorial, saludar a Lukas, a Browne, al Dique, y hasta a don Enrique Meiggs, uno de los que logró la construcción del ferrocarril de Santiago a Valparaíso.

Por mi parte, no olvido esa extensión del Puerto que es Viña del Mar. Con su cerro Castillo y su avenida Libertad. Con la plaza y la Parro-

quia. Con Agua Santa.

La calle Valparaíso, donde mi abuela Ema me llevaba, a mediodía, a comer sandwiches de queso caliente al "Tamar". El "León" y sus monumentales hot-dogs. La "Virreina". Y la Crav, donde —no sé por qué misteriosa fusión— si uno pagaba la cuenta de la luz le regalaban un kilo de azúcar de pan en pequeños cubitos muy ordenados en una caja. Caleta Abarca. Recreo. Las victorias, con sus caballos cansinos y sus capotas a medio morir saltando. Manzanas acarameladas que amenazaban nuestras dentaduras infantiles si intentábamos, en vez de llevarlas en la mano, hincarles el diente. Los fotógrafos ambulantes. Unos buses arrastrados por caballos que corrían hasta Las Salinas. El campanario de la iglesia de los Carmelitas. La Quinta Vergara. La estación, adonde llegábamos rigurosamente, una vez al

Y los botes, los
barcos, las olas.
Una ciudad que se
hunde en la neblina
lenta y perniciosa del
desgano.

Desgano que Calderón no acepta, Que se invalida por este testimonio. año, en el mes de julio, a pasar nuestras vacaciones de invierno en el pasaje Masot. Jardines. Bunganvilias. El Casino. Un oleaje que sonaba y se fundía con el olor hipnótico de los floripondios. Las calles, rigurosas en sus Orientes y Ponientes. Ocho Norte, donde había una piscina.

omenaje a un Puerto siempre vivo, este Memorial memorioso es digno de tener en cada casa. El puerto de Valparaíso es un lugar universal.

Allí se nos murieron muchos antepasados a los porteños, en el ecuménico terremoto del seis, que se llevó a todos por igual, o a casi todos. Recuerdo Valparaíso con dolor especial y con especial alegría. Alguna vez recorrí sus viejas callecitas empinadas con dos hombres alegres y joviales, cultos y vivísimos. Uno descansa en paz. El otro no ha dejado de vagabundear por el mundo.

Marineros natos, uno nació allí; el otro merecería ser ciudadano honorario.

A veces voy al Puerto, a oler la brea, el humo, las escamas de los pescados muertos, que se arrumban allí por el Barón. A veces subo al cerro Mariposa. Y el Polanco. A veces camino hasta la Piedra de la Felicidad, el lugar más tétrico para los lectores del Vea (antiguo), y de Las Noticias Gráficas.

En Valparaíso se hunden barcos a la orilla de la tierra

uerra.

El dique se da vuelta de campana.

Los camiones se estrellan contra pobres casitas colgantes, matando —a veces— a sus habitantes.

Los buses o las micros bajan las peores calles, empinadas hasta el codo, sin frenos, reventando a sus pasajeros contra muros o barrancos. El doctor Kaplán trasplanta un corazón que cambia de pecho y cruza de un quirófano a otro adentro de una olla a presión...

Así es, también, Valparaíso. Un corazón que cambia de pecho. Para no morir. ■

